

“El estudio de la teología me ha sido de gran utilidad para fortalecer mi fe”

Mn. Josep-Ignasi Saranyana, autor del libro “Creure i mirar d’entendre”

MAC

Mn. Josep-Ignasi Saranyana ha cursado ciencias políticas y económicas, teología, y filosofía y letras. Ordenado sacerdote en el año 1968, está incardinado en el Opus Dei. Fue profesor ordinario de la Universidad de Navarra entre los años 1987 y 2011. Acaba de publicar el libro *Creure i mirar d’entendre. Memòries d’un historiador de la filosofia i la teologia*, editado por Publicacions de l’Abadia de Montserrat.

¿Cómo comenzaron estas memorias?

Cuando el periodista Gabriel Pérez Gómez, colega en la Universidad de Navarra, me propuso, en vísperas de mi jubilación académica, publicar un texto sobre mi vida en la revista *Anuario de Historia de la Iglesia*. Esta conversación resultó larga: seis horas de grabación resumidas en 37 páginas. Tuve que revolver papeles y ordenar recuerdos. Se editó en 2011 y me gustó. Después vino el profesor Ramon Alcoberro, que me entrevistó para el semanario *El Temps*, en enero de 2013, y el resultado también me satisfizo. Y, casi sin darme cuenta, decidí seguir adelante e incorporar nuevas noticias al relato, hasta llegar a las 524 páginas que ahora se han publicado.

Muchos años, pues.

Sí, sin prisas, cocinando a fuego lento, como las abuelas. He disfrutado mucho, seleccionando recuerdos, que me surgían plácidamente, mientras agradecía al Altísimo haberlos vividos.

¿No había ningún propósito concreto?

Al principio, solo quería facilitar una praxis académica, que consiste en rendir un pequeño homenaje biográfico al profesor que se jubila. Después, como me lo pasaba bien reuniendo recuerdos, me lo tomé más en serio. Más adelante, cuando ya el tejido adquiría forma, comenzaron las reflexiones sobre la vida vivida, es decir, la “segunda navegación” de la que habla Platón.

Usted dice que “ha valido la pena vivir lo que me ha tocado vivir”.

Nunca me he enfrentado al pasado como “tiempo perdido”. Mi memoria no ha necesitado “magdalenas”, como en el caso de Proust. He navegado por el pasado sin congojas, porque no me ha dado miedo. Tarde o temprano, mi conclusión ha sido que los caminos de la providencia son inescrutables, ¡siempre a favor nuestro! No obstante, la amable providencia tiene sus tiempos y sus ritmos.

En una de las páginas, afirma que el sacerdocio es “la efeméride más importante de mi vida, después de mi nacimiento y el bautismo”.

Vayamos por partes. Si no se nace, no se está en la realidad. Todo empieza con el nacimiento. Hablemos del existir, que es el bien primero y más fundamental. Un ejemplo. A finales de los sesenta actuó en Madrid, donde yo residía entonces, el gran mimo francés Marcel Marceau. El público, en pie, le rindió una espectacular ovación. Todo el mundo quería ir al camerino para felicitarle. Una vieje-

“No hay mayor beneficio aquí en la tierra que el sacerdocio cristiano”



Mn. Josep-Ignasi Saranyana es autor de unos veinte libros y trescientos artículos.

Josep-Ignasi Saranyana

Creure i mirar d'entendre Memòries d'un historiador de la filosofia i la teologia

PAT

cita se abrió paso entre los admiradores, llamó a la puerta del vestidor y, abriendo la puerta discretamente, le soltó, con su vocecilla: “¡Gracias, Marcel, por existir!” Y se marchó.

Buena anécdota. ¿Y el bautismo?

El bautismo no solo nos perdona sacramentalmente el pecado de origen, sino que nos incorpora a Cristo mediante el carácter. Este es un sello invisible a nosotros, visible a los ángeles, como nos asegura el Apocalipsis. Es la señal indeleble de nuestra pertenencia a Cristo. Es mucho más que el tatuaje, con el que se identifican de por vida los miembros de las bandas juveniles. Es para siempre, ahora y en la eternidad.

¿Y el sacerdocio?

Es una elección muy especial, que nadie puede reclamar. Esta gracia supone una identificación aún más estrecha con Cristo que el bautismo. Es una participación esencialmente nueva en la mediación del Redentor. Esta unción remite a dos capacidades extraordinarias: consagrar el cuerpo de Cristo y perdonar los pecados. Pienso que no hay mayor e inmerecido beneficio aquí en la tierra que el sacerdocio cristiano. Y, además, es para siempre.

Ha conocido a grandes personajes de Iglesia a lo largo de su vida.

¿San Josemaría Escrivá ha sido el más importante?

Para mí lo ha sido, obviamente. Predicó un camino de espiritualidad revolucionario. Antes que él algunos santos habían divulgado en la Iglesia una espiritualidad para los laicos. *Mica male*, como dicen los italianos. Sin embargo, Escrivá predicó una espiritualidad propiamente laical, que, ni con mucho, no es lo mismo. Esta novedad es tan asombrosa, que aún no se ha digerido del todo en muchos ambientes eclesiales. Y me parece que tardará en digerirse.

¿También el cardenal Joseph Ratzinger?

Lo traté bastante antes de ser Papa. Me recibió siempre con paciencia y amabilidad. Hablamos durante horas —no exagero— de cuestiones teológicas. He dejado testimonio amplio de ellas en mis memorias. De él aprendí muchas cosas. Destaco dos: ponerme siempre en la posición del otro, para comprender sus razones, y aceptar, de antemano, que uno puede equivocarse en su razonamiento teológico.

¿El Concilio Vaticano II comportó una nueva primavera para la Iglesia?

En varios temas doctrinales, el

Concilio ha bebido en la tradición y ha efectuado nuevas e importantes afirmaciones doctrinales. Con todo, su aportación más destacada ha sido, a mi juicio, declarar que la libertad religiosa es un derecho civil, no un derecho religioso.

Profesor universitario, participante en numerosos congresos, artífice de la revista *Anuario de Historia de la Iglesia*, etc. ¿Cuál es su legado dentro del ámbito teológico y filosófico contemporáneo?

La teología y la filosofía no están para dejar una huella en la historia, aunque después los historiadores rememoremos a filósofos y teólogos cuando han sido lo suficientemente influyentes. Nunca he tenido interés en “crear” un sistema teológico. Habría sido presuntuoso pretenderlo. Ratzinger me enseñó que hay que ser muy paciente y modesto al transitar por estas disciplinas.

Sea como fuere, es inevitable que haya dejado algún rastro, alguna huella después de tantos años...

No lo sé. Solo puedo decir que el estudio de la teología me ha sido de gran utilidad, a nivel personal, para fortalecer mi fe y para tratar de entender un poco mejor lo que creo. Sería fantástico que mis lectores llegasen a las mismas conclusiones. ■